

LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA DE LAS BATALLAS

Antonio ESPINO LÓPEZ
Universidad Autónoma de Barcelona

EN las últimas décadas se ha producido una paulatina renovación en el estudio de la guerra que ha conducido a su revalorización. Como de todos es conocido, hasta los primeros decenios del pasado siglo, la Historia de la Guerra era, en realidad, el estudio de las batallas más famosas y de los generales más sobresalientes. Su utilidad, más que para el historiador, era para el militar, que debía aprender de las batallas del pasado.

Tras las guerras napoleónicas fue cuando el general Henri Jomini en su *Précis de l'art de la guerre* (1838) distinguió nada menos que tres formas de historia militar: la primera variante se dedicaba a relatar analíticamente, hasta sus detalles ínfimos, una batalla; la segunda consistía en el análisis de una batalla o campaña con la intención, tras depurar sus aspectos particulares, de obtener algunas normas de validez general para la conducta de la guerra más conocida como Arte de la Guerra. Por último, la tercera posibilidad trataba de examinar la guerra de un modo más amplio, asociando los factores puramente militares con aquellos otros políticos, sociales y económicos, apareciendo una auténtica historia político-militar¹. De estas tres posibilidades a lo largo del siglo XIX triunfó la segunda gracias a la influencia de Clausewitz, que incidirá en la búsqueda del valor pedagógico de la historia

¹ ESPINO, A.: «La historia militar entre la renovación y la tradición», en *Manuscripts*, núm. 11, Bellaterra, 1993, pp. 215-242.

militar. Por ello, el Estado Mayor prusiano fue el primero en incluirla en sus programas de estudio con la idea de «enseñar la guerra durante la paz»².

El auge de la Historia como disciplina académica significó la sustitución del estudio de las batallas y las guerras por la historia constitucional y diplomática, al tiempo que los aspectos sociales y económicos incrementaban su presencia. De ahí la importancia de una figura como Hans Delbrück. Delbrück, que confirió dignidad académica a la historia militar, profundizó la obra de Clausewitz definiendo el concepto de estrategia y, sobre todo, atribuyó a esta disciplina la tarea de indagar cómo el intelecto humano adaptó las condiciones económico-sociales y técnicas al desarrollo de un determinado modo de guerrear. En definitiva, no sólo debían estudiarse los aspectos materiales, sino también el espíritu que a lo largo de los siglos animó la estrategia y la táctica. Por otro lado, H. Delbrück analizará en su principal obra *Geschichte der Kriegkunst im Rahmen der Politischen Geschichte* [Historia del arte de la guerra en el marco de la Historia Política, 1900-1936, siete volúmenes] la problemática militar a la luz de las instituciones políticas y sus problemas³. Por su influencia posterior en autores como Charles Oman, Ferdinand Lot o Piero Pieri fue, sin duda, el autor que definió y conceptualizó la historia militar eliminando los lastres de su pasado reciente; es decir, de la narración de «simples» batallas.

Peter Paret, más que fijarse en H. Delbrück, rescata la figura de Otto Hintze, presentándolo como el primer historiador que dotó a la Historia de la Guerra de una nueva metodología —combinando, en un análisis comparativo, la Historia Social y Económica y la Historia Política— y, de ese modo, logró darle la necesaria credibilidad a los ojos de los historiadores. La guerra no podía estudiarse como un factor al margen de la economía, de la sociedad o, incluso, de la cultura de un país. Todo influye en la guerra, y la guerra influye en todo. Pero la narración de los acontecimientos bélicos fue sacrificada⁴.

Precisamente, esa primeriza renovación de esta disciplina coincidió temporalmente con los primeros ataques contra la historia de los acontecimientos protagonizados en Gran Bretaña por Lewis Namier y R. H. Tawney, quienes defendían que el historiador en lugar de narrar acontecimientos debía analizar las estructuras. A esta tarea se consagraron con ahínco desde

² BOVIO, Oreste: *L'Ufficio storico dell'esercito. Un secolo di storiografia militare*. Roma, 1987, pp. 7-9.

³ KAEGI, Walter E.: «The Crisis in Military Historiography», en *Armed Forces and Society*, vol. 7, n.º 2, 1981, pp. 308-310.

⁴ ESPINO, A.: «La historia de la guerra (siglos XVI-XVIII). Del desprecio ideológico a su revalorización», en *Iber*, núm. 12, IV, Barcelona, 1997, pp. 65-71.

la Segunda Guerra Mundial la llamada escuela de los *Annales*, la Historia Social anglosajona y la historiografía marxista. Por lo tanto, comenzaron a desarrollarse la Historia Económica y la Social, relegando a un segundo plano a la Historia Política, considerada tradicional, y, por ende, a la Historia de la Guerra. La Historia de las Batallas sería considerada la parte más decadente de una disciplina sin interés académico.

Lawrence Stone reprochó en su momento a esa «vanguardia historiográfica» el abandono de este tipo de temática. *Los «nuevos historiadores» de los cincuenta y los sesenta serán sin duda severamente criticados por su obsesión por las fuerzas sociales, económicas y demográficas de la historia, y por su incapacidad para tomar suficientemente en cuenta la organización política y la toma de decisiones, al igual que las veleidades observadas en las campañas, en los sitios militares, en la destrucción y en la conquista. El ascenso y la caída de las civilizaciones ha tenido como causa las fluctuaciones en la autoridad política y los cambios en las vicisitudes de la guerra. Es verdaderamente insólito el que estos asuntos hubieran sido descuidados durante tanto tiempo por aquellos que se consideraban a sí mismos como la vanguardia de la profesión histórica... Un reconocimiento tardío de la importancia del poder de las decisiones políticas personales por parte de los individuos, y de las posibilidades de batalla, ha obligado a algunos historiadores a volver a la modalidad narrativa sea que lo quieran o no*⁵.

Este reproche no pareció caer en saco roto. No debemos olvidar que, en 1973, Georges Duby, un hombre de *Annales*, se decidió a escribir su conocido *Le dimanche de Bouvines*. Como señala el propio Duby en un prólogo a la nueva edición de 1984, escribir sobre la batalla de Bouvines, dentro de una colección titulada «Las treinta jornadas que hicieron a Francia», significaba escribir sobre «Un acontecimiento. Puntual. Resonante». Sus compañeros, discípulos como él de M. Bloch y L. Febvre, se asombraron de tal decisión. Duby asegura que su intención fue acercarse a los participantes en la batalla como si fuesen un pueblo exótico, realizando una especie de etnografía de la guerra en el siglo XIII. Por otro lado, su interés último, si bien Duby acota el terreno propio de la Historia Política poniendo en relación el acontecimiento de Bouvines con la guerra, la tregua y la paz entre el rey de Francia y sus enemigos es, en sus propias palabras, esbozar la historia del recuerdo de la batalla, de su deformación progresiva por el juego de la memoria y el olvido.

⁵ STONE, Lawrence: «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», en *El pasado y el presente*. F.C.E., México D. F., 1986, p. 103.

Continuando con Francia, Jean Chagniot hablaba aún en 1985 del injusto descrédito en el que estaba sumida la historia de las batallas, entendida por él como una historia de las operaciones militares y de las fortalezas. Para J. Chagniot, durante muchos años, sólo Georges Livet con sus monografías sobre las Guerras de Religión y la Guerra de los Treinta Años, había conseguido transmitir cierto interés por estos temas. Numerosas investigaciones, además, sólo encontraban una difusión limitada en revistas locales de escaso renombre. Finalmente, J. Chagniot nos recuerda que las posibilidades de la Historia de las Batallas son muchas, entre otras la percepción por parte de la opinión pública de diversas épocas de una gran batalla, como el trabajo de Eric de Saint-Denis sobre la batalla de Fontenoy desde 1745 y hasta hoy día, o las operaciones militares francesas en ultramar durante la Época Moderna⁶.

En los Estados Unidos, Allan R. Millet, Peter Paret y Walter Kaegi coincidían en señalar el atraso de la Historia de la Guerra norteamericana respecto a la europea hasta mediados de los años setenta. Los dos primeros autores, en especial P. Paret, criticaban duramente la persistencia en su país de una historiografía militar tradicionalista o convencional —de «trompetas y tambores»—, cayéndose en una confusión metodológica enorme debido a que la principal preocupación era, precisamente, no perder la vieja forma de narrar los acontecimientos. Esta no es una opinión aislada. M. van Creveld, especialista en el estudio de la logística, reconoce que el descrédito de la historia militar provenía, en buena parte, por el excesivo apego a relatar «simples» batallas o campañas. Colin Jones y M. van Creveld creen que la historia militar ha salido del bache en el que había caído gracias al esfuerzo de quienes la practican por introducir la cuantificación en sus trabajos, estudiando las bases económicas, la estructura social y la organización administrativa de la guerra, hasta llegar a una socialización de la historia militar⁷. C. Jones confía en la fuerza de la socialización de la Nueva Historia Militar, pero recuerda que la forma tradicional —narrativa, política, diplomática— de acercarse al estudio de la guerra aún es practicada.

No obstante, aunque la *New Military History* ha triunfado, también ha terminado por desarrollarse lo que podríamos llamar la Nueva Historia de las Batallas. Para nosotros, la figura más importante es la de John Keegan.

⁶ CHAGNIOT, Jean: «L'histoire militaire de l'Époque Moderne (XVIe.-XVIIIe. siècles)», en *Revue Internationale d'Histoire militaire*, núm. 61, 1985, pp. 65-86.

⁷ VAN CREVELD, Martín: «Thoughts on military History», en *Journal of Contemporary History*, vol. 18, n.º 4, 1983, pp. 552-555; JONES, Colin: «New Military History for Old? War and Society in Early Modern Europe», en *European Studies Review*, vol. 12, 1982, pp. 97-98.

Su libro, excelente, se titula *El rostro de la Batalla*, ed. Ejército, Madrid, 1990, 1.ª ed. 1976. Según J. Keegan, los objetos de estudio de la Historia Militar han sido múltiples, desde el estudio de las distintas armas, pasando por el estudio del ejército como institución, de la estrategia, de la táctica... hasta llegar al estudio de los mandos y de determinados generales. A menudo, muchos de los libros que trataban estas temáticas perdían de vista que los ejércitos, en último término, se han creado para combatir. Por ello, concluye Keegan, la Historia Militar debería en última instancia tratar *sobre la batalla*. La Historia de las Batallas —o de las campañas militares— tiene una primacía sobre cualquier otra rama de la historiografía sobre la guerra por que, sencillamente, *no es a través de lo que los ejércitos «son», sino de lo que «hacen» —es decir, ganar o perder batallas— como se cambian las vidas de las naciones y de los individuos* (p. 40).

A partir de este presupuesto, J. Keegan nos recuerda que desde la época de Herodoto se escribe Historia de las Batallas; se trataría de seguir esa tradición incorporando en la medida de lo posible las emociones de los combatientes como parte ineludible del análisis final de la batalla. Obviamente, no en todas las épocas se ha generado documentación que permita dicho propósito. Antes del siglo XIX es muy difícil encontrar testimonios directos de combatientes. Cuando se dispone de algunos materiales, como cartas, diarios personales, memorias de los generales o partes de los estados mayores, aún el historiador debe tener en cuenta que sólo cuenta con la opinión o la percepción de unas pocas personas que tienen una reputación que mantener. No deja de ser una visión subjetiva de la batalla. Por ello, el historiador debe aprender a entender la batalla a la luz de lo que todos los participantes sintieron que fue y no siguiendo las percepciones de unos pocos (pp. 43-46). Sólo de esta forma el historiador puede escapar de lo que J. Keegan llama afortunadamente «retórica de la historia de las batallas», es decir, de la batalla mítica o mitificada. Quienes la han practicado terminan por dar importancia únicamente al resultado final y a las acciones de los grandes jefes, despreciando inconscientemente, pensamos, la experiencia de los que participaron en ellas.

Para J. Keegan, la historia militar británica no ha sido influida por ningún autor del Continente, incluyendo a Hans Delbrück, sino que desde el siglo XIX fue siempre una historia militar basada en el acontecimiento. En 1851 sir Edward Creasy escribió *Quince batallas decisivas del Mundo*, cuyas treinta y ocho ediciones en menos de cincuenta años demuestran su enorme éxito. Para Creasy, el interés por algunas batallas está en que éstas *han servido para que seamos lo que somos... Porque los intereses de muchos estados están a menudo afectados en los enfrentamientos de unos pocos... y el resultado de estos enfrentamientos no se limita a una sola*

época, sino que puede dar un impulso que influenciará los destinos de la Humanidad. Esta orientación y el propio título del libro fueron muy seguidos. J. Keegan cita hasta ocho libros cuyos títulos incluyen el adjetivo «decisivo», entre ellos el trabajo clásico del general J.F.C. Fuller *Batallas decisivas del Mundo Occidental* (Madrid, 1985), probablemente, la mejor obra en su género. Las batallas son importantes, ergo la narración de las mismas también lo es. Pero nos encontramos ante meras descripciones de las batallas, se seleccionan algunos incidentes y se olvidan otros, los soldados aparecen como meros peones, sólo interesaba el liderazgo. Pero cuidado, porque si se escribe para un público general, ¿a éste le puede interesar la experiencia directa del soldado, o la narración de los hechos? Y si se escribe para un público que ha hecho de las armas su profesión, desde luego, como dice el general Fuller en el prefacio de su obra citada, le interesa estudiar la Historia de la Guerra para entender la propia guerra. Por ello son más importantes, por trascendentes, las decisiones y las acciones de quienes dirigen la guerra. Este último punto podemos verlo en los siguientes textos. Ambos explican los hechos de la noche del 17 al 18 de junio de 1815 poco antes de iniciarse la mítica batalla de Waterloo. Los protagonistas no son los mismos porque los intereses de ambos autores son divergentes.

El general J.F.C. Fuller en su obra ya citada nos dice: *Luego de descansar una hora o dos, a la una de la madrugada del 18 de junio, Napoleón salió para recorrer los puestos avanzados, bajo la lluvia torrencial. Volvió a su puesto de mando al amanecer; encontrándose con que, a las dos, había llegado un despacho, fechado a las diez de la noche del 17 de junio... Junto con el informe de Milhaud, aquel despacho debía haber sido contestado enseguida. Sin embargo, no fue hasta las diez de la mañana cuando se envió respuesta a Grouchy, informándole de que 'en este momento Su Majestad va a atacar al ejército inglés, que ha tomado posiciones en Waterloo»* (vol. II, p. 581).

J. Keegan nos da una visión bastante diferente: *La Brigada de Adam había pasado casi dos días en la carretera; el 71 Regimiento... había dejado Leuze el 16 de junio, temprano, sin comida, y había marchado durante treinta y seis horas con altos menores de treinta minutos, para alcanzar Waterloo a tiempo para la batalla. Entonces los hombres se sentaron en sus mochilas durante la noche del 17 al 18 y el desayuno que recibieron cuando salió el sol fue el primero que habían tomado en dos días. Los soldados del 4 Regimiento estaban tan cansados la mañana del 18 que difícilmente se mantenían despiertos; ellos... también durmieron, tumbados en campo abierto, durante las cuatro primeras horas de la batalla, a unas mil yardas detrás de la línea de fuego.*

El primero en plantearse el comportamiento humano durante la batalla parece haber sido el oficial francés Ardant du Picq —su obra se titula *Etu-*

des sur le combat, publicada póstumamente en 1880—, quien comenzó a repartir un cuestionario entre sus compañeros preguntando por su situación y la de sus hombres durante la batalla. Du Picq quería saber la «verdad» sobre la batalla. Ahora bien, dicho método que, en principio, sólo puede ser aplicado a soldados en activo, J. Keegan lo lleva a la práctica preguntando a fuentes clásicas —como las crónicas sobre la batalla de Agincourt— y a los testimonios personales —cartas y diarios personales, historiales de los regimientos, etc., en el caso de la batalla de Waterloo— pero con una intención diferente a la que movía a Du Picq. J. Keegan asegura que no va a aportar nada nuevo sobre la logística, la táctica o la estrategia, ni va a escribir sobre los generales, sino que centrará su atención en temas como el tipo de heridas recibidas y su tratamiento, el espacio elegido para la batalla, el mecanismo de ser cogido prisionero, el sonido de la batalla, la visibilidad en la batalla, la coerción utilizada por los oficiales para que los hombres resistan en su puesto a pesar del temor y, sobre todo, el peligro que representan para el soldado distintas clases de armas en el campo de batalla. Es decir, lo que hace J. Keegan es reconstruir la experiencia real de la batalla.

Para sacar adelante su proyecto, nuestro autor eligió tres batallas con participación británica muy cercanas geográficamente: Agincourt (1415), Waterloo (1815) y el Somme (1916). La técnica de J. Keegan es la siguiente: presentación somera pero suficiente de la campaña en el transcurso de la cual se produjo la batalla, descripción de la batalla dividida en fragmentos y, seguidamente, explicación de cómo lucharon los hombres y contra qué armas lo hicieron —en el caso de Agincourt arqueros contra infantería y caballería, caballería contra infantería, infantería contra infantería; en el caso de Waterloo, caballería contra caballería, caballería contra infantería, caballería contra artillería, artillería contra infantería e infantería contra infantería—. A partir de aquí se puede entender mejor la batalla, puesto que hemos reunido información sobre diversos puntos de vista de la misma. Hay que tener en cuenta que, desde la Época Medieval, los ejércitos no sólo se hicieron más numerosos, sino que, consecuentemente, cada vez necesitaban más espacio para desenvolverse durante la batalla. Así, Keegan demuestra que el espacio de batalla de Agincourt era veinte veces más reducido que el de Waterloo, y el de esta última respecto al del Somme dieciséis. En Waterloo casi nadie, aparte de Wellington y algunos oficiales del estado mayor que lo acompañaban, tuvo una cierta visión de conjunto de la batalla. Esta situación se observa perfectamente en la siguiente cita de un testigo, C. Mercer: *No podíamos ver nada de lo que estaba sucediendo en el frente de la batalla, porque la altura donde estaba desplegada nuestra primera línea estaba más alta que el terreno que ocupábamos. De esta misma línea sólo*

podíamos ver los pocos cuadros de infantería inmediatos a nosotros, con las baterías intermedias. De vez en cuando aparecían unidades de caballería en la cresta entre los cuadros, y después se dispersaban por la ladera opuesta de la posición y se desvanecían de nuevo, no sé cómo (p. 146).

Otra cuestión son las circunstancias físicas de la batalla. Antes del desarrollo del transporte mecánico, muy a menudo los soldados llegaban cansados, tras una larga marcha cargados con el equipo, al campo de batalla. Sufrían las inclemencias del tiempo y de la falta de comida, o porque no la había o porque no había tiempo de cocinarla. La espera antes del combate se describe como físicamente agotadora y emocionalmente frustrante. El alcohol era utilizado para combatir la espera, el nerviosismo y el miedo. El ruido de la batalla —y el humo en Waterloo— también influían en la percepción que de la misma tenían los soldados.

Finalmente, la metodología empleada lleva a J. Keegan a precisar, incluso, los comportamientos y los valores no de un individuo, sino de todo un colectivo: los oficiales. Según J. Keegan, desde la batalla de Crécy (1346), cuando los caballeros franceses fueron batidos por las flechas de los plebeyos ingleses, progresivamente los nobles fueron perdiendo el gusto por la lucha cuerpo a cuerpo, situación reforzada por la irrupción del arma de fuego que mataba a distancia. Así, en la época de Waterloo, los testimonios recogidos permiten a J. Keegan defender que el honor —y el valor— de los oficiales estaba, más que en inflingir personalmente heridas o matar al enemigo, en recibirlas dirigiendo a sus tropas en combate. La consumación del honor del oficial llegaba con el cumplimiento de órdenes que conducían inevitablemente a ser herido o, incluso, a la muerte. Había que comportarse de forma honorable por la imagen que de uno se formaban los compañeros. El prestigio consiguiente serviría para incrementar el liderazgo entre los soldados.

Nos aventuramos a decir que si bien J. Keegan ha conseguido un gran prestigio como historiador militar, al menos en el mundo anglosajón, su obra no ha tenido demasiada continuidad. Nosotros sólo conocemos como inspiración directa un artículo de Greg Denning titulado «The face of Battle: Valparaíso, 1814», publicado en la revista australiana *War and Society* en su número inaugural de 1983. Walter Kaegi también defendió en su momento la idea de establecer una Historia Militar en la que el estudio de la estrategia y el acontecimiento, es decir, el estudio de la batalla siguiendo la nueva metodología propuesta por Keegan, que Kaegi admira, dominasen por encima de cualquier otra consideración⁸.

⁸ KAEGI, art. cit., v.7, 1981, pp. 310-313.

De todas formas, podríamos criticar a John Keegan en el sentido de la preferencia por el tipo de batallas que él estudia, aunque el autor justifica su elección. En todos los casos son «grandes batallas» —batallas decisivas—. ¿Sólo interesa este tipo de batallas? ¿Qué ocurre cuando estudiamos conflictos sin «grandes batallas»? ¿Habría que reservar esta metodología para determinados casos? Por ejemplo, durante la Guerra de los Nueve Años, 1689-1697, en el frente catalán sólo se produjo una batalla campal, la batalla del Ter, en mayo de 1694, que no fue una «gran batalla», aunque sí un gran desastre para los intereses hispanos en dicho frente y, por lo tanto, sí fue importante. ¿Habría entonces conflictos poco interesantes al no haberse producido batallas que merezca la pena estudiar? Es lo ocurrido, por ejemplo, con la Guerra de los Ochenta Años. Según G. Parker, historiadores militares como J.F.C. Fuller pensaban que se podía aprender muy poco de ella —al no producirse «grandes batallas»— y por eso desdeñaban su estudio. Haya o no «grandes batallas», pensamos que en todos los conflictos sería necesario intentar historiar las batallas desde el punto de vista de los soldados. Dicha intención también se puede afrontar partiendo, no ya de una Historia de la Batalla renovada al estilo de J. Keegan, sino de lo que se ha dado en llamar la «Historia desde abajo», utilizando la expresión acuñada por Edward P. Thompson en 1966. Por lo tanto, desde presupuestos ideológicos diferentes. Se trataría de indagar la Historia desde el punto de vista, en este caso, del soldado raso y no del del comandante en jefe. Así, podríamos explicar la batalla de Waterloo no centrándonos en Wellington —cosa que ya hemos visto que J. Keegan no hace— sino en los soldados que, como él, también vencieron a Napoleón. La única forma posible sería utilizando las autobiografías, los diarios y la correspondencia personal. La existencia o no de estos materiales limitaría la cronología de nuestro trabajo. Un ejemplo. El soldado William Wheeler, del 51 Regimiento de Infantería, escribió lo siguiente a su mujer sobre su participación en Waterloo: *La batalla de tres días ha concluido. Estoy sano y salvo, que ya es bastante. Ahora, y en cualquier oportunidad, pondré por escrito los detalles del gran acontecimiento, es decir, lo que me fue dado observar... La mañana del 18 de junio amaneció sobre nosotros y nos encontró calados de lluvia, entumecidos y tiritando de frío... El año pasado me reñiste muchas veces por fumar en casa, pero debo decirte que, si no hubiera tenido una buena provisión de tabaco esa noche, habría muerto*⁹. En el fondo, estaríamos incidiendo en el

⁹ SHARPE, J.: «Historia desde abajo», en P. Burke (ed.): *Formas de hacer Historia*. Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 38. Sobre W. Wheeler véase CROUZET, M.: «Vie et mort du soldat dans l'armée de Wellington», en *Mélanges André Corvisier*. Economica, París, 1989.

estudio de las experiencias individuales de combate dentro de una historia social de los militares. Aparte del caso de la correspondencia de Wheeler, publicada por Lidell Hart en 1951, también conocemos los diarios de Jakob Walter, un alemán que luchó en el Ejército imperial francés con información de los años 1806-1807, 1809 y 1812-1813 (*The Diary of a Napoleonic Foot Soldier*, Doubleday, N. York, 1991) y las memorias del sargento Bourgogne sobre la retirada de la *Grand Armée* tras la campaña de Rusia en 1812-1813 (*The Memoirs of Sergeant Bourgogne, 1812-1813*, Arms and Armour, Londres, 1979).

Una variante de la Nueva Historia de las Batallas podría ser la que realizó George R. Stewart con su *Pickett's Charge. A microhistory of the Final Attack at Gettysburg, July 3, 1863* (The Riverside Press, Cambridge, 1959). En un extraño afán por resaltar los detalles mínimos, G. Stewart, profesor durante muchos años en Berkeley, se decidió a estudiar no ya una batalla, sino el momento cumbre de una batalla enormemente importante como fue la de Gettysburg. La justificación del autor era que la Guerra Civil norteamericana había sido el acontecimiento dramático más importante de la historia de su país, la batalla de Gettysburg significó el climax de la guerra, y el climax del climax, «el momento central de nuestra historia», fue la fallida carga del mayor-general sudista Pickett la mañana del 3 de julio de 1863. Si el resultado hubiese sido otro, dice G. Stewart, la existencia de dos repúblicas rivales en Norteamérica habría impedido la participación de ésta en las dos guerras mundiales del siglo XX con todo lo que ello conlleva. De modo que la importancia del momento cumbre de la batalla estriba, nada menos, en lo que el autor piensa que podría haber ocurrido si la suerte del combate hubiera sido distinta a como fue. Dada la importancia del acontecimiento, la minuciosidad enfermiza o, siendo indulgentes, caprichosa, de G. Stewart estaría justificada. Según G. Stewart, la riqueza de las fuentes utilizadas —bibliográficas, historia de los batallones, biografías, etc.—, le permite reconstruir no sólo los movimientos de tropas, sino también los pensamientos y los deseos personales. Tras presentar las disposiciones de batalla de ambos bandos y la primera tregua o momento de calma del día, G. Stewart dedica todo un capítulo, más de treinta páginas, a relatarnos el cañoneo entre las 13.10 y las 14.55 horas. Los siguientes capítulos tratan las sucesivas acciones de la batalla, la segunda tregua entre las 15.00 y las 15.10 horas y la carga de Pickett entre las 15.10 y las 15.30 horas (treinta y dos páginas). En resumen, G. Stewart le dedicó más de trescientas páginas a explicar una acción muy localizada espacialmente, cubriendo a nivel temporal quince horas del tercer día de la batalla, en veinte minutos de las cuales se jugó el destino de la misma. No conozco ningún caso parecido para

cualquier otra guerra, aunque teniendo en cuenta la enorme bibliografía que ha suscitado la Guerra Civil norteamericana no es de extrañar que, de tener que surgir una obra de estas características, casi forzosamente debía referirse a este conflicto.

Cristina Borreguero, en su artículo sobre el desarrollo de la *New Military History* en Estados Unidos, nos ha dado referencias sobre la novísima Historia de las Batallas que sería el interés por estudiar la efectividad en el combate, línea de investigación que ya cuenta con algunos resultados¹⁰. También podríamos incluir aquí, aunque desde un punto de vista totalmente divergente, el libro de Geoffrey Regan *Historia de la incompetencia militar* (Crítica, Barcelona, 1989), en tanto en cuanto es un estudio de algunas operaciones y batallas muy mal pensadas, organizadas y peor dirigidas que, evidentemente, tuvieron su repercusión entre las tropas.

En la última década, el interés por las batallas se ha renovado en tanto en cuanto también interesaba matizar algunos de los aspectos de lo que se ha dado en llamar la «revolución militar»¹¹. En su momento, G. Parker había defendido la idea de un incremento de tropas en los ejércitos de los siglos XVI y XVII debido exclusivamente a la aparición de un nuevo tipo de fortificación, a la reducción de la caballería y a la aparición de la artillería de campaña para proteger a los infantes. S. Adams se encargó de criticar estos asertos, argumentando que el volumen de tropas hasta entonces admitido en los diversos ejércitos se había exagerado ya que en las fuentes se alteraban las cifras de efectivos para justificar una derrota o para magnificar una victoria¹². Pero, por otro lado, también se alega que las victorias o las derrotas en el campo de batalla no se producían tanto por el hecho de

¹⁰ BORREGUERO, Cristina: «Nuevas perspectivas para la Historia Militar: la «New Military History» en Estados Unidos», en *Hispania*, Madrid, vol. LIV, núm. 186, 1994, pp. 145-177.

¹¹ PARKER, Geoffrey: *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Editorial Crítica, Barcelona, 1990; *Idem*: «La 'revolución militar, 1560-1660': ¿un mito?», en *España y los Países Bajos, 1559-1659*. Ed. Rialp, Madrid, 1986; ROBERTS, Michael: *The Military Revolution, 1560-1660*, Belfast, 1956; BLACK, Jeremy: *A Military Revolution? Military Change and European Society, 1550-1800*, Londres, 1991; ROGERS, Clifford J.(Ed.), *The military revolution: Readings on the military transformation of Early Modern Europe*. Oxford, 1995; DUFFY, Michael: *The military revolution and the State, 1500-1800*. Exeter-Londres, 1980; DOWNING, B.M.: *The military revolution and political change. Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*. Princeton, 1992; ELTIS, David: *The military revolution in sixteenth-century Europe*. Londres, 1995.

¹² ADAMS, Simon: «Tactics or politics? The Military Revolution and the Habsburg Hegemony, 1525-1648», en LYNN, John (Ed.): *Tools of war. Instruments, Ideas and institutions of warfare, 1445-1871*, Universidad de Illinois, Urbana, 1990, especialmente pp. 30-46.

tener un ejército tácticamente superior, sino por tener más tropas que el enemigo en el campo de batalla. Así, es útil analizar las batallas en las que participó Gustavo Adolfo II de Suecia en su invasión de Alemania de 1631-1632 para saber si el origen de sus victorias estaba en sus avances tácticos, o bien en que, sencillamente, disponía de más tropas que sus enemigos en el momento del combate. Jeremy Black, muy crítico con G. Parker, nos recuerda algunos datos: en Breitenfeld (1631), una gran victoria, la primera, de los protestantes durante la Guerra de los Treinta Años, el ejército sueco-sajón tenía cuarenta y dos mil hombres, mientras que el ejército imperial de Tilly contaba con treinta y cinco mil hombres. En 1632, Gustavo Adolfo II con treinta y siete mil hombres volvía a derrotar al general Tilly, que tenía veintidós mil (Batalla de Rain). En el segundo encuentro importante de aquel año, la batalla de Lützen, ambos ejércitos contaron con diecinueve mil combatientes y la batalla acabó en tablas, si bien, como se sabe, con la muerte del monarca sueco. Cuando los imperiales lograron poner en el campo de batalla un número superior de hombres las tornas cambiaron: en Nördlingen (1634) treinta y tres mil católicos derrotaron a veinticinco mil protestantes. Y hay más ejemplos: en la Montaña Blanca (1620), veintiocho mil católicos vencieron a veintiún mil checos y protestantes alemanes; o en Rocroi (1643) veinticuatro mil franceses derrotaron a diecisiete mil españoles.

La situación parece ser algo diferente en el siglo XVIII en relación a lo que hemos visto para el siglo XVII. G. Raudzens ha realizado un excelente trabajo indagando sobre las cifras de efectivos —y de pérdidas— en las batallas de los siglos XVI al XVIII¹³. Siguiendo sus datos, podemos apreciar que, en algunos casos, el vencedor es el bando que acumula más hombres en el campo de batalla. En Fontenoy (1745), sesenta mil franceses derrotaron a cincuenta y un mil aliados ingleses y alemanes; en Malplaquet (1709), ciento cinco mil ingleses vencieron a ochenta mil franceses; en Poltava (1709), sesenta y seis mil quinientos rusos se deshicieron de diecinueve mil suecos; o en Hochkirch (1758), setenta mil austriacos derrotaron a treinta mil prusianos. Pero también hay numerosas excepciones: la mayoría de las batallas del ejército prusiano, precisamente, son victorias con menor número de tropas. Ello ocurrió en Hohenfriedberg (1745), Leuthen (1757), Leignitz (1760), Rossbach (1757), Torgau (1760), o Zorndorf (1758). Así, se demuestra la superioridad de las innovaciones tácticas (orden oblicuo), el

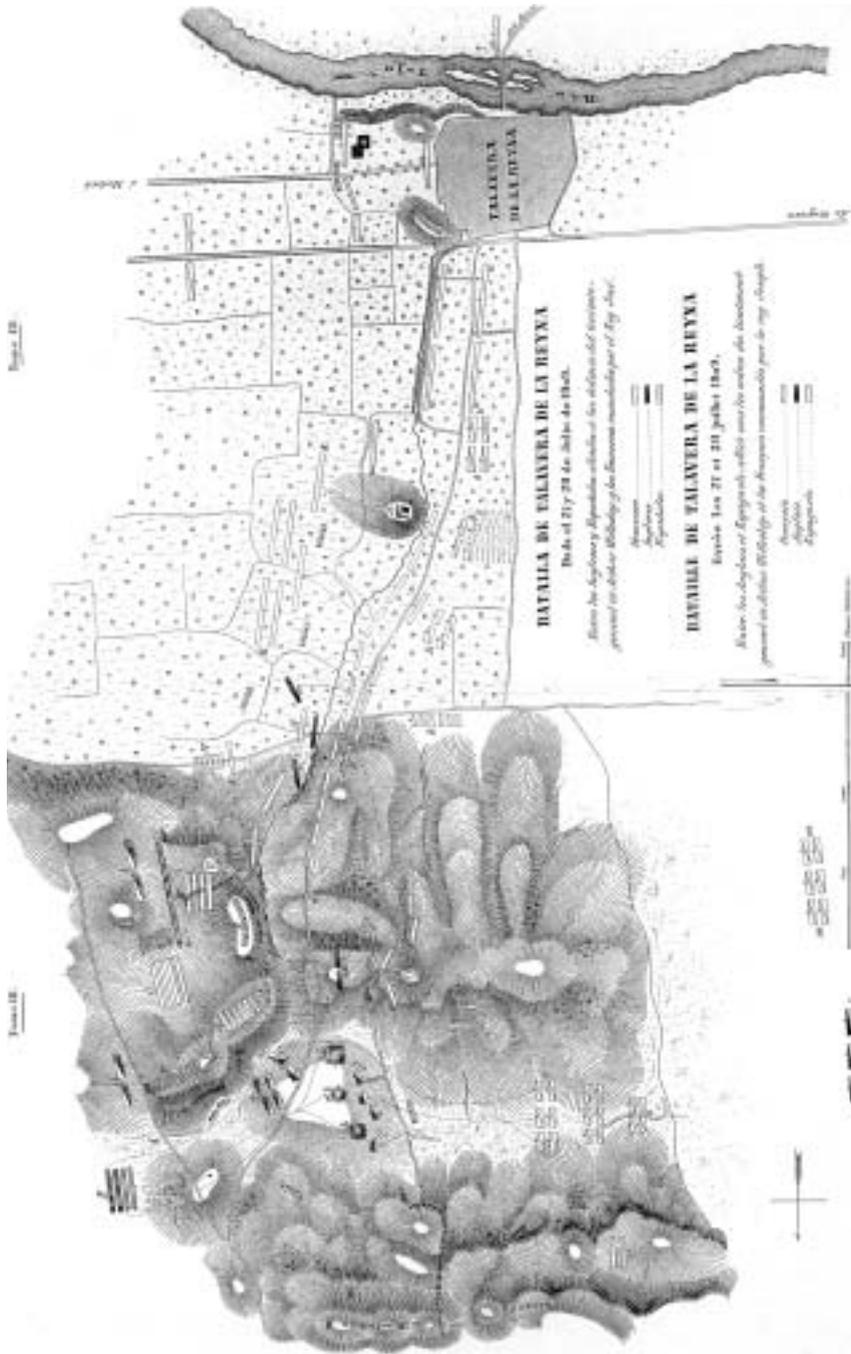
¹³ RAUDZENS, G.: «In Search of Better Quantification for War History: Numerical Superiority and Casualty Rates in Early Modern Europe», en *War and Society*, vol. 15, 1997, pp. 1-30.

mejor abastecimiento de los soldados y suministro de armas y de la disciplina de las tropas del ejército prusiano, el más imitado del siglo XVIII.

A partir de la influencia de los trabajos de J. Black, otros autores se han interesado por los cambios en la táctica. J. Black señaló como principal innovación técnica y, en consecuencia, táctica, la desaparición de la pica y el uso del fusil con bayoneta, incrementándose la capacidad ofensiva y defensiva de la infantería; a nivel cronológico, el período 1680-1710 fue crucial en dichos cambios. Este aspecto ha sido especialmente trabajado por Brent Norworthy en *The anatomy of victory. Battle tactics, 1689-1763* (Nueva York, 1990), a partir del estudio de las memorias de soldados y de los tratados militares. Por su parte, varios autores han intentado unificar criterios y acercar la *New Military History* a la Historia de las Batallas. Es el caso de John Childs en su *The Nine Years War and the British Army, 1688-1697. The Operations in the Low Countries* (Manchester, 1991); de Russell F. Weigley en *The Age of Battles. The Quest for decisive Warfare from Breitenfeld to Waterloo* (Bloomington-Indianapolis, 1991); o de Dennis Shonwalter en *The wars of Frederick the Great* (Londres, 1996). En todas estas obras, el análisis concreto de las batallas, con criterios renovados, es fundamental.

Estudiar las batallas, y lo que representan, es útil. Todo depende del enfoque que queramos —o sepamos— darle al asunto.

En definitiva, aunque en obras como *La nouvelle histoire* dirigida por Jacques le Goff (París, 1978) no se le dedique ni una triste página a la historia de la guerra, o en el libro de R. Porter y M. Teich *Revolution in History*, 1986 (edición en castellano, Crítica, Barcelona, 1990) no se preste atención al concepto «revolución militar», tan importante a nivel historiográfico, pienso, como Franco Cardini en su introducción a una publicación que conmemoraba el séptimo centenario de la batalla de Campoldino (11-06-1289) [*Il sabato di S. Barnaba. La battaglia di Campoldino*, Electa, Milán, 1989], que el estudio atento de un encuentro militar puede ofrecer, tanto cuantitativa como cualitativamente, una información muy rica. Porque un ejército desplegado en el campo de batalla no deja de ser un compendio de las características, cualidades, defectos, virtudes y límites de la sociedad que lo organizó. Por lo tanto, se podría estudiar dicha sociedad a todos los niveles teniendo como punto de partida sus encuentros militares. Únicamente nos falta convencer a nuestros compañeros historiadores de que no sólo puede hacerse, sino de que merece la pena que se haga.



Batalla de Talavera

